

VIAJES. — VENECIA.



EL PALACIO DEL DUX.

La historia, la poesía y la pintura se han apoderado de Venecia, y nos han dado á conocer sus lagunas, sus gondoleros, su mar apacible y su hermoso cielo. ¡Quién no recuerda las cantigas de Byron en la melancólica peregrinación de *Childe-Harold*! «Veo salir á Venecia del centro de las ondas, esclama, como si la vara de un encantador la hubiese hecho elevar en un momento; parece la Cibeles de las mares con su tiara de orgullo y sus torres, magestuosa en su marcha como la soberana de las aguas. Sus hijas tenían por dote los despojos de las naciones, y el inagotable Oriente derramaba en su seno la lluvia de sus tesoros. Revestida con la púrpura convidaba á sus banquetes á los monarcas que se engreían con tan distinguido favor. Aquellos tiempos de

Segunda série.—Tomo II.

»jaron de existir, pero la hermosura de Venecia permanece. Los imperios caen, las artes desaparecen, mas la naturaleza nunca muere. No ha olvidado aun Venecia »cuan apreciada fué en otros tiempos; todavía es el centro de los placeres, la ciudad mas alegre de la tierra, »el carnaval de Italia.»

Los acentos de Byron han tenido millares de ecos; todos los poetas de una y otra escuela han cantado las maravillas y magnificencias de Venecia. Nosotros aprobamos este entusiasmo por tan noble ciudad, y si algo reprehensible encontramos en los viajeros y en los artistas, solo es el haber descuidado mucho los pormenores para manifestarnos el conjunto. Alaban los antiguos monumentos de Venecia, el palacio del Dux, los de Mocenigo, Pisani. Grimani, Barbarigo, d' Abresci, y ninguno

de 1840.

se ha tomado la molestia de describirlos. Trataremos por hoy de llenar este vacío, al menos en lo concerniente al palacio Ducal.

El palacio ducal (cuya vista interior va al frente de este artículo) es un vasto edificio cuadrado de una arquitectura magestuosa. Por un costado se apoya en la ciudad, por el otro se halla descubierto, y dá sobre uno de los canales. La fachada principal es de mármol rojo y blanco. Así en lo interior como en lo exterior se ven pilares y columnas que forman pórtico; este pórtico antiguamente no estaba tapiado, de forma que por todas partes se hallaban, abiertas las comunicaciones, y las columnas descansaban también sobre sus pedestales; pero las frecuentes inundaciones obligaron á levantar el suelo de la plaza, y los pedestales quedaron enterrados, lo que hace bastante mal efecto para el cuerpo del edificio. Sobre la cornisa hay una barandilla compuesta de millares de columnitas. El palacio ducal es tan extraordinario como la iglesia de S. Marcos que está contigua, iglesia sumamente extraña y singular. Las paredes del palacio están adornadas de embutidos en mosaicos de diferentes colores.

Este edificio impuso por mucho tiempo respeto y terror. Allí residió durante cuatro siglos la inquisición del estado; y las cabezas que el terrible tribunal hacía caer, eran generalmente espuestas en la tribuna exterior de S. Marcos. Los consejos y todas las oficinas de la administración estaban situadas en el palacio ducal: las menos importantes ocupaban el piso bajo; las demás se elevaban por grados según el orden de dignidades y poder hasta el piso más alto, que le ocupaba el triunvirato de los inquisidores de estado. Inaccesibles en su retiro á ninguna otra persona que no fuesen los ejecutores de sus decretos, no veían ni aun á sus más próximos parientes durante los cuatro meses que cada uno de ellos se hallaba en ejercicio. La famosa boca de Leon que se hallaba á la puerta de la habitación de los inquisidores, ya no existe; pero se distingue aun en la pared la abertura que ocupaba. Las cárceles estaban separadas del palacio ducal por un canal que atravesaba el célebre *ponte dei sospiri*, y por el cual eran conducidos los presos al tribunal. Ningun ciudadano de Venecia se hallaba exento de la jurisdicción de la inquisición de estado, ni aun los mismos inquisidores, porque dos de ellos reunidos al Dux pedían hacer perecer á su colega.

La puerta principal del palacio ducal, la *de la carta*, data desde la época del Dux Foscarini; hallase en ella la estatua arrodillada delante de un león alado con otras cuatro figuras que representan las virtudes de Foscarini. Esta entrada conduce al patio interior, cuyo piso se halla enlosado con grandes piedras, y en su centro hay dos cisternas para el uso del palacio; al rededor de este patio hay una galería llamada *el Brodio*, donde los grandes de Venecia se reunían para tratar de los negocios de la república. De este modo se ponían al abrigo de las sospechas que hubieran podido ocasionar á los inquisidores de estado si su reunión se ejecutase en otro punto. Muchas estatuas adornaban aquel patio; la mayor parte de ellas traídas de Grecia. La escalera que conduce al segundo pórtico es de mármol blanco, y sobre esta escalera se verificaba la coronación del Dux el día siguiente al de su elección. En el primer piso y de trecho en trecho se ven cabezas de león embutidas en la pared: á la izquierda hay una capilla dedicada á San Nicolás, notable por las pinturas al fresco del Ticiano. La primera sala inmediata á la escalera es la de las cuatro puertas, decorada con varios cuadros del Veronés; la pintura emblemática del cielo raso debida al pincel del Tintoretto representa á Júpiter conduciendo á Venecia en el Adriático.

tico. La sala de los diez, próxima á la de las cuatro puertas es el sitio en que se reunía el consejo, tribunal encargado de vigilar por la seguridad del estado, con poder absoluto sobre todos los ciudadanos; el cielo raso ofrece un magnífico fresco de Pablo Veronés, que representa á Júpiter lanzando sus rayos contra los vicios y un genio alado con un libro en la mano donde se inscriben los decretos.

La sala de armas inmediata al consejo de los diez ostenta sus puertas de cedro del Libano trasportadas á Chipre y de allí á Venecia. Esta sala abundaba en objetos curiosos, en bustos de una multitud de guerreros célebres en notables armaduras, entre las cuales se contaban las que Enrique IV de Francia llevaba en Arques y en Ibrí, remitidas á Venecia por el mismo Enrique luego que ascendió al trono francés. Todos estos objetos desaparecieron en las últimas invasiones francesas y austriacas que concluyeron con la libertad y la independencia de Venecia. La sala del Escudo, se llamaba así porque en ella se veía suspenso el escudo de armas de la familia del dux reinante y conducía á una galería, que servía de paso á la sala en que el dux recibía á los embajadores. La magnífica sala del consejo está adornada con todos los retratos de los dux pintados por Tintoretto. En el medio se vé un marco vacío cubierto por un crespon fúnebre, y se lee esta inscripción: *Locus Marini Falieri decapitati*: en medio de todos aquellos hombres de estado, se halló un conspirador, Marino Faliero, decapitado sobre el atrio del palacio ducal. De esta sala se pasa á la del sufragio, llamada comunmente del escrutinio donde se reunía el senado para la elección de magistrados; abunda en fragmentos de pintura en que se ven delineadas las principales hazañas de los guerreros venecianos en aquella época en que Venecia se hallaba en el más alto grado de esplendor.

No abandonemos á aquella ciudad y su antiguo palacio sin dar una mirada de tristeza sobre las ruinas vivas aun de la antigua y poderosa república, sin lamentarnos de su infortunio, de sus desgracias. Venecia vencida ha visto concluirse sus trece siglos de libertad, y va desapareciendo poco á poco de la escena activa del mundo. «Oh Venecia!», exclama Byron con amargura; tus palacios desiertos, tus calles solitarias, la presencia de tus vencedores, todo contribuye á esparcir una nube sombría sobre tus muros.» La población de Venecia que ascendía á últimos del siglo XVII á más de doscientas mil almas apenas sube hoy á ochenta mil habitantes, y este número disminuye con rapidez; el comercio, y los empleos oficiales, origen de la grandeza veneciana se acabaron; la mayor parte de las casas patricias se ven hoy desiertas, y no se vería ni una sola en pie si el gobierno alarmado con la demolición reciente de setenta y dos palacios, no hubiese formalmente prohibido este triste recurso de la pobreza. Lo que queda de la orgullosa, nobleza veneciana se halla confundido con los ricos judíos sobre las márgenes del Brenta; y el nombre de *gentil uomo veneto* es lo único que nos ha quedado de ella. Finalmente, podría decirse de Venecia según la expresión de la escritura que *mueren todos los días*; triste y penoso espectáculo y poderosa lección para el orgullo de los pueblos!

EPISODIO

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EN 1809.



uando el primer cuerpo del ejército francés al mando del mariscal duque de Belluno pasó el Tajo cerca de Almaraz, mandaba yo una compañía de cazadores que precedía á la vanguardia, encargado de desembarazar el camino.

Entre los habitantes de la orilla opuesta de quienes tomaba noticias del país, llamó muy particularmente mi atención un hombre de estatura y forma colosales, que respondía á mis preguntas con una claridad y precisión que me admiraron. Su traje, que era el de un simple arriero, descubría el cuerpo mejor formado que haya visto nunca. Me pareció tener mas de seis pies; su fisonomía, naturalmente morena, era al mismo tiempo dulce y grave: su órgano de voz tenía un no sé qué de seductor; en fin este modelo perfecto de la naturaleza era á mis ojos la imagen viva de aquellos famosos caballeros á quienes nada resistía en los torneos; y tal era el gusto que experimentaba en preguntarle, y oír sus respuestas, que perdía de vista el objeto importante á que se dirigía la conversacion.

En esto llegó un oficial de estado mayor y le encargué de este arriero como un guía del que podía sacar un buen partido en aquel país montuoso, á que parecía acostumbrado, y continué mi reconocimiento sobre el camino de Trujillo, ocupada la imaginacion de aquel ser, cuya inteligencia y exterior anunciaban otra cosa que un simple aldeano.

Habiendo tomado posicion en la tarde de aquel primer día en las alturas, se me vino á anunciar que el guía que habia dado estubo por extravíar una columna, por lo que, habiendo sospechado de él, se le habia registrado, y encontrádosele instrucciones secretas del general en jefe español Cuesta.

Aunque no me sorprendió mucho esta noticia, no dejé sin embargo de manifestar un disgusto que no pude ocultar, porque no podía definir el sentimiento de atraccion que me habia inspirado un simple arriero, y este sentimiento se aumentó de tal modo, que cuando ví que arriesgaba su vida, resolví hacer todos mis esfuerzos para obtener su perdon.

Entonces era yo fiscal de uno de los consejos de guerra de aquel ejército, y me estremecía la idea de tener que ser el acusador del preso. En vano procuré verle; se le habia entregado á la guardia del cuartel general que se hallaba á dos leguas atrás.

Al día siguiente entramos en Trujillo, ciudad que habia sido abandonada del todo al aproximarse una division de caballería llegada allí por la mañana. El mariscal hizo ocupar todas las posiciones que rodean aquel importante punto, estableciendo en aquella su cuartel general.

Combatido siempre por la fatal idea de que aquel hombre iba á ser juzgado, y por seguro condenado á muerte, me fuí á la cárcel donde le habian puesto. Estaba en una agitacion estremada, porque ninguna luz de esperanza podía disminuir mis mortales temores. Apenas me hubo descubierto, dió un paso hácia mí, abriéndome los brazos, á los que me arrojé sin poder proferir una sola palabra.

«Cuanto me alegro de veros, Señor! me dijo, en muy mal francés, estrechándome contra su pecho.... estaba seguro de que si supieseis mi suerte me compadeceríais.

«Era tal mi emocion que no pude responderle. «Bravo jóven, continuó, aquietaos, ved como yo estoy tranquilo... Sé, sin embargo, que vuestras leyes son terribles... y que aquí tal vez debe acabar mi suerte.... oh! si quisiera yo fuera solo!... Y pronunció estas últimas palabras con acento penetrante.—«No desconfíeis, le repliqué; mi corazon me dice que sois un hombre de honor, y os juro que haré todo lo posible para libertaros.—Bien es verdad, dijo él, que vuestras leyes!... Pero, (añadió estrechándome la mano, y tomando un aire decidido) habia hecho el sacrificio de mi vida, y sabré morir por mi patria.» Y como si estuviese solo, se paseaba á paso largo.... hablaba muy alto en español.... su produccion era animada, parecia inspirado, y dispuesto á hacer una accion heroica.» Se oír, continuó, con una voz fuerte, y con el gesto y acento de la mas exaltada energía, se oír este canto español, este canto de libertad, y mi voz será tan firme marchando á la muerte, como lo fue en los días de victoria.»

No pude contenerme mas, y mis lágrimas corrieron copiosamente. Lo conoció el español, me cogió la mano, y me pidió papel y tintero para escribir á sus hijos. «Pero, díjeme yo ¿que funesta inspiracion os hace entrever la muerte tan cerca? ¿estais pues en una posicion tan desesperada? Escuchadme! y prometmede responder con franqueza.... conozco todas nuestras leyes, soy individuo de uno de nuestros tribunales militares; puedo daros buenos consejos; habladme sin rebozo, y como hombre de honor.»

«Eh! que quereis?... ¿que podeis hacer por mí?... nada, pues que nada puede libertarme. Sin embargo, para corresponder á vuestra confianza, os prometo contaros mi singular vida.... ojalá os acordeis alguna vez del desgraciado Antonio (1).

Le dejé en efecto, sin darle tiempo de responderme, volando en casa de mi coronel el Barón Jamin, á quien referí todo lo que acababa de pasar; estando de tal modo afectado que le comuniqué mi emocion. Apenas habia acabado de hablar, me dijo, seguidme á casa del general Barrois para disponer los medios de librar á ese desgraciado.

Llegados en casa de dicho general repetí mi relacion. Abundando aquel en nuestros temores y en nuestras esperanzas, tuve la dulce satisfaccion de verle ir inmediatamente y volver un momento despues para anunciarme que el español no seria juzgado.... Estubo para irseme la cabeza de alegría, queria correr á la cárcel, mis piernas me sostenian apenas. En fin, llegó á donde estaba aquel desgraciado... escribia..—Estais en libertad! exclamé.—¿Qué decis, amigo?... Por dios, explicaos!...—Si! estais en libertad, (repliqué) no sereis juzgado, y el mariscal consiente en no trataros sino como á un simple prisionero. Desde esta mañana sabia que se os iba á entregar á una comision militar, y el terrible resultado no habria sido dudoso!... «Pero, no ignorais, continué, la obligacion que acabais de contraer con el ejército francés.—Os entiendo, y os juro por los juramentos mas sagrados que nunca tomaré las armas contra la Francia.» Al anocheer nos separamos dejando para el día siguiente la relacion interesante de su vida. Eu aquella misma tarde dí cuenta á mi coronel y al general de lo que habia pasado: mientras tan-

(1) He puesto este nombre por haber perdido en España mis apuntes adonde se hallaba el verdadero que aquel tenía, y me dijo.

to ellos mismos se habían ocupado de hacer una colecta que me encargaron de entregar á nuestro español, contando con ir á verle al día siguiente.

Me reuní á mi batallón que había vivaqueado junto á una puerta de la ciudad, y me regozijaba de llevarle al preso al otro día el producto de la colecta, cuando se me dió en la noche la orden de marchar antes de amanecer. No tuve tiempo de ir á la cárcel; envié al preso por un sargento de mi compañía comestibles, y dinero.... El sargento me trajo de su parte los votos posibles por mi felicidad, y su nombre que escribí en una targeta.

Mucho fué mi sentimiento al marchar sin haber podido volver á ver á aquel hombre extraordinario, por quien me sentía tan interesado. Su historia excitaba vivamente mi curiosidad aumentada por algunas exclamaciones suyas. En fin, la certeza de haber contribuido á conservar la vida de un hombre que me había inspirado tanto interés, me causaba un bien inesplicable.

El ejército nos siguió algunas horas después; y el mariscal, no habiendo dejado en Trujillo mas que una corta guarnición, reuniéndose á la vanguardia, marchaba á su cabeza sobre Medellín. Allí nos aguardaba el enemigo hacia tres días, y tuvo lugar la acción tan sangrienta cuyo éxito es harto conocido.

En la noche de dicha acción me hallaba de guardia sobre el mismo campo de batalla, habiendo hecho recoger y traer á mi puesto muchos españoles heridos, á los que curaba de primera intención un practicante de mi regimiento. Se hallaba entre aquellos un jóven como de catorce años, cuya fisonomía expresiva me llamó la atención. Su cabeza estaba envuelta con un lienzo ensangrentado; su mirada arrogante era la de un valiente que sabe lo que manda el valor desgraciado, porque aproximándose me dijo en muy buen francés: «mi oficial, haced me den de beber, porque me muero de sed.» El tono imperativo de aquel jóven, que estaba vestido como un simple granadero, me admiró; sin embargo, yo mismo le di de beber, y le hice curar, pues había recibido en la cabeza siete ú ocho sablazos, aunque ninguna de las heridas era peligrosa.

Cada vez y cuando el cirujano cortaba los bordes de sus diferentes heridas le decía al jóven soldado: «amigo mío, os debo hacer mal, pero un poco de paciencia, pronto habré concluido.»—Continuad, Sr., respondía el jóven, sé sufrir; ojalá fuesen estos mis únicos padecimientos!... ¿Teneis acaso otras heridas? le pregunté yo.—No; las heridas de que hablo son de aquellas que los médicos no saben curar; así es que yo querría morir hoy.—Preciso es que seais muy desgraciado, dijele yo; vuestra situación me interesa.... venid conmigo descansaréis un poco, mañana estareis tal vez mejor,» y le conduje á mi vivac esperando que mas tarde podría aliviar la suerte de aquel jóven.

Aguardaba con impaciencia el día siguiente por la mañana, y el momento en que pudiese renovar la conversacion con mi pobre herido; y tan luego como le hice tomar algun alimento, le estreché para que me diera pormenores sobre su posición, ofreciéndole mis servicios. «Ah, mi oficial, me dijo, soy bien desgraciado!... véome solo en el mundo.... ayer mis dos hermanos han sido muertos á mi lado, habiendo sabido por la mañana que nuestro padre había sido cojido por los franceses que le habrán hecho pasar por las armas... nada mas tengo que me interese en el mundo, la existencia es para mí un peso.»—Procurando entonces consolarle, le pregunté si en primer lugar estaba bien cierto que sus hermanos hubiesen perecido: «demasiado lo estoy por desgracia, me respondió: han sido muertos por la misma bala.»—Y vues-

tro padre—¿cómo sabeis que ya no existe? Lo hemos sabido por un testigo de su muerte. Mi padre, señor, era capitán de granaderos: era el hombre mas hermoso del ejército!!—A este elogio, pronunciado con entusiasmo, hice un movimiento de sorpresa que aturdió al jóven, y repitió con fuego, «si señor, el hombre mas hermoso de toda España; se le había encargado por el general en jefe, su amigo, una comisión secreta de una grande importancia.—¿Hace mucho que sucedió eso, le pregunté con precipitación?—No señor, no hace más que ocho días que nos dejó para ir sobre el Tajo.—Continuad.—Ayer mañana algunas horas antes de la batalla, un soldado que le había acompañado, disfrazado como él en aldeano, vino á decirnos que se le había escogido para guía de una columna francesa, pero que no conociendo los caminos había estraviado la tropa; que se le habían sorprendido sus papeles, juzgándolo, y parándole por la armas en Trujillo.

Con trabajo podía contenerme, pues mis facciones se trastornaban visiblemente. ¿Cómo se llama vuestro padre? le pregunté, buscando la targeta que me había traído el sargento que había enviado á la cárcel de Trujillo.—Antonio... me respondió. Este nombre era (1) el que estaba escrito en la targeta que le presenté, diciéndole, amigo mío, os aseguro que vuestro padre vive aun....—¡Vive!...—No creo que jamás experimenté una emoción igual.... abracé á aquel jóven, que olvidando lo que sus heridas estorbaban sus movimientos, se arrojó á mis brazos, pronunciando con transporte mis últimas palabras... ¡Vive!... «—Sí, amigo mío, vuestro padre existe. Efectivamente fué preso, y habría experimentado toda la severidad de nuestras leyes, si por una casualidad, de la que bendigo al cielo, no me hubiese inspirado un interés indefinible... El mariscal que nos manda le ha concedido la vida.... le volveréis á ver, y, sin perder un momento, venid conmigo, voy á tratar de haceros marchar á Trujillo.

Le conduje al carruaje que iba á salir á aquella ciudad. Entre nuestros heridos reconocí uno de mis compañeros (Monsieur de Turckheim,) oficial del 2.º de húsares, y después edecan del general Rapp, que se colocaba en un carró cubierto que salía pronto con el convoy, y le recomendé vivamente á mi jóven; el cual marchó en él, acompañándole mis recuerdos y simpatía.

Algunos meses después tuve noticia de mis dos prisioneros, y que llegados á Madrid habían obtenido, por la mediación de un edecan del rey, su libertad bajo palabra que no quebrantarón.

Después acá no he sido tan dichoso para ver, ni para saber la suerte de unos seres que me habría sido muy grato volver á hallar.

Julio Marnier, (2) antiguo capitán de cazadores del regimiento número 24 de línea.

(1) Se repite aquí lo que en la nota anterior, de que tal nombre no es el verdadero, y si uno inventado solo con el fin de apoyar en él la referencia del acontecimiento.

(2) El autor de este artículo, casado en el día con una señora de distinguida familia de la capital de las Andalucías, y coronel de estado mayor agregado al ministerio de la guerra, vive en París calle de San Honorato, número 368, y desearía saber si existe alguno de los individuos ó de la familia que son el objeto del mismo artículo; pues si bien la pérdida de su verdadero nombre parece ser un obstáculo, no menor que los años que han pasado, no obstante, por los hechos mismos que se refieren, y no tan fáciles de olvidar, pueden reconocerse y comunicarle el aviso para honrosa complacencia del que les dispuso tan señalados servicios.

el precioso velo de la virginidad, ciñó sus sienes con la corona de laurel que le merecieron sus escritos, y la hizo aparecer mas vistosa y brillante á influjo del puro resplandor de la aureola de gloria que supo atraer del cielo en torno de su cabeza.

Varios son los aspectos bajo que se puede considerar á esta mujer grande; como ejemplar de santidad y virtud, como reformadora de toda una orden religiosa, y como afamada escritora. En todos ellos apareció admirable á los ojos de la Europa entera; pero no permitiéndonos los estrechos límites de este artículo que nos hagamos cargo de estos tres títulos á cual mas honoríficos con la detención debida, pasaremos rápidamente la vista por los dos primeros, reservando nuestra principal atención á la elegante escritora, modelo del habla castellana y á la filósofa profunda.

Teresa de Cepeda y de Ahumada, reformadora de la orden de Carmelitas, en su primitiva observancia, nació en Avila el 12 de mayo de 1515, siendo fruto del matrimonio de D. Alonso Sanchez de Cepeda y de Doña Beatriz de Ahumada, ambos de calificada nobleza.

A los 20 años de su edad y en el de 1535 tomó el hábito en el convento de las Carmelitas de Avila, donde pudo entregarse totalmente á la austeridad de vida y contemplación que tanto anhelaba. Fue tanto lo que adelantó en el camino de la virtud, que haciéndose incomprensible á la débil vista de los ojos humanos, fue tenida por ilusa y por hipócrita, y se trató de delatarla á la inquisición y de exorcizarla como á poseída; pero Teresa salió victoriosa de tan singular pelea. Habiendo observado que no se seguía en el convento la regla monástica en toda su pureza, y no pudiendo tolerar por mas tiempo su espíritu de rectitud y clara ilustración tales abusos y relajación, meditó la gigante empresa de reformar la orden de Carmelitas, y después de vencer inmensos obstáculos, echó los primeros cimientos de su reforma fundando en 1562 el convento de San José de Avila, donde se siguió la observancia de los antiguos padres del Carmelo. Increíble parece que en solos doce años fundase diez y siete conventos. Con no menor rapidez y buen éxito hizo la reforma de los frailes, secundada por Fr. Antonio de Heredia, y el célebre por sus virtudes y talentos San Juan de la Cruz.

Habiendo dado feliz cima á su grandioso pensamiento, se dedicó Teresa á consignar por medio de preciosos escritos las pruebas de su claro ingenio y del amor divino y fervorosa religiosidad que la acompañaron hasta el seno del sepulcro.

Murió el 4 de octubre de 1582 á los 67 años de su edad y á los 20 después de la reforma. Su cuerpo fue enterrado en el convento de Alba, donde se conserva en el dia. En 1614 fue beatificada por el pontífice Paulo V, y en 1622 solemnemente canonizada por el papa Gregorio XV.

Las cortes de 1617 y de 1626 la eligieron por patrona y abogada de estos reinos para invocarla en sus necesidades, y las cortes generales y extraordinarias de 1812 ratificaron esta disposición en 28 de junio.

La escasa modestia y humildad de nuestra autora nos hubiera privado del precioso tesoro de doctrina que encerraba su corazón, si las ilustradas personas que dirigieron su conciencia no la hubiesen obligado á revelárnoslo.

En 1562 escribió el discurso de su vida por mandato del P. Fr. García de Toledo. En el mismo año escribió por orden de su confesor el P. maestro Fr. Domingo

Bañez *El camino de perfección*. En 1573, por mandato del P. maestro Fr. Gerónimo Ripalda, el libro de las fundaciones de los monasterios. En 1577 el castillo interior del alma, ó *Las moradas*, por orden del doctor Velazquez.

Por mandato de algunos superiores escribió los conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras del cantar de Salomón, libro precioso, cuya pérdida debemos lamentar eternamente, pues fue condenado á las llamas por un indiscreto confesor suyo, que dejándose dominar de un acalorado celo contra las doctrinas que por aquel tiempo propalaba la heregía de Lutero permitiendo á toda clase de personas interpretar y explicar las sagradas letras, creyó ver una falta grave, donde solo había amor y respeto á la divinidad. Mas para consuelo nuestro se libraron de tan fatal determinación algunas páginas de este escrito lleno de fuego, por haberlas copiado una monja y depositándolas en manos de personas ilustradas que las han transmitido hasta nosotros. Además de estos libros escribió unas *Meditaciones* sobre el padre nuestro, el libro sobre el modo de hacer las *Visitas* de los conventos, una admirable colección de *Cartas*, modelo del estilo epistolar, y otros varios opúsculos de menor importancia. El estilo de las obras de Santa Teresa es castizo, propio y sencillo, si bien á veces asciende á la sublimidad mas elevada cuando arrobándose en éxtasis celestiales, deja toda marca terrenal, y sirviéndose del lenguaje y expresiones de los ángeles, prorrumpe en palabras de fuego que se imprimen en el corazón del que las lee.

Hábil conocedora del corazón humano, no emplea en sus escritos los argumentos *ad terrorem* que estremeciendo el alma de quien no tiene pura la conciencia y embargando sus facultades intelectuales, le impiden penetrar la fuerza persuasiva que en sí encierran, si no que enterneciendo el corazón con amorosos discursos, pinta con tan suavisimas palabras y con tan bellos colores el deleite que derrama en el cuerpo una alma pura, espresa con tal medida y caridad la fealdad del vicio, que el culpable se deshace de dolor, y el justo se cree transportado á las mansiones de la eterna vida. El giro agraciado de sus expresiones; la sencillez y propiedad de las comparaciones que siembra en el discurso de sus obras; el afán y celo que manifiesta por darse á entender aun de los talentos mas desgraciados, y la delicadeza y fino tacto, imposibles de explicar y que son exclusivos de una mujer, cautivan de tal modo el entendimiento que le hacen recoger todo el fruto de su preciosa doctrina.

En el *Camino de perfección* que escribió para las monjas de S. José, las recomienda el amor y caridad que deben observar unas con otras, las persuade á desviar los ojos de las vanidades mundanas, á elevarlos hacia la luciente esfera de la divinidad y á sostenerse cual rocas inmóviles contra los tiros de la maledicencia, escudadas con la modestia y humildad, joya la mas preciosa de las vírgenes. Consuela á las almas fervientes que deseando penetrar los misteriosos arcanos con que está velado el ser supremo, se entregan al abatimiento, al contemplar caídas las alas de su corazón, sin haber conseguido el anhelado objeto, y las exhorta á que respeten y admiren esta sabiduría incomprensible, porque la divinidad se goza en ello, como se gozaría un monarca, si amase á un pastorcillo y le cayese en gracia y le viese embobado mirando el brocado y la púrpura de su real vestido, sin saber que es aquello.

En sus *Meditaciones sobre el padre nuestro* nos presenta al supremo Hacedor cual padre querido á quien debemos nuestra existencia, cual monarca que nos tiene preparado un reino de gloria, cual amoroso esposo que

se goza en su amada y adorna sus sienes con el cendal púdicio de la castidad y con guirnalda y joyas y aderezos, cual médico que visita sin interés alguno, y que promete á los enfermos que á un solo gemido serán sanos, pues derramando el precioso bálsamo de su sangre restañará sus heridas, y con el agua de su costado las lavará y dejará sin mancha ni señal alguna; y cual solícito pastor que alimenta á sus ovejas con los pastos de su celestial doctrina, que lleva en sus brazos á la oveja fatigada, la reanima entre su seno, vela durante su sueño, y sentándose en medio de ellas, con la suavidad de sus consolaciones, las hace música en sus almas. En el invierno les busca los abrigos donde descansen de sus trabajos; recátalas de las yerbas ponzoñosas, y las conduce por florestas y jardines deleitosos á las fuentes de aguas de vida.

¡Con qué pureza explica aquellas palabras del cantar de Salomón. *«Bésemelo el Señor con el beso de su boca, porque mas valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muchos olores»!* ¡con qué finura y destreza interpreta estas palabras por los afectos morales, sin empañar una sola idea con el significado casual que parece encontrarse en ellas!

Por medio de aquellas palabras *sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta*, espresa la inefable dulzura y felicidad del alma que habiendo vencido los mundanos afectos, queda amparada con una sombra á manera de nubes de la Divinidad y siente un descanso tan dulce que aun le molesta el haber de resollar, y tiene las potencias tan sosegadas y quietas que aun un leve pensamiento no le querría admitir la voluntad. De aquella sombra celestial vienen influencias y rocío tan deleitoso que bien y con razon quita al alma el cansancio que le han dado las cosas del mundo. No ha menester menear la mano ni levantar la consideracion para nada; porque cortado y aun comido le dá el Señor de el fruto del manzano á que le compara su amada, y la deleita con amorosos discursos.

Pero adonde mas es de admirar la belleza de su estilo, el fuego que ardia en su corazon inspirado por el espíritu Divino, donde nos revela claramente, á pesar suyo, los celestiales dones con que Dios la favoreció durante su vida, es en el libro de las *Moradas* en donde guiando al alma por siete grados de oracion, la facilita de un modo admirable la union con la Divinidad, union tan pura y tan perfecta cual se une el agua del cielo que cae en un rio ó en una fuente sin poderse ya separar, ó cual se mezclan en una estancia los rayos de luz que penetran por diversas ventanas. Allí explica la santa autora las dulzuras que comunica la Divinidad en los éxtasis y arrobamientos cuando llamando así á el alma, el cuerpo siente faltar el calor natural, vase enfriando aunque con grandísima suavidad y deleite y siente elevarse á la par que el espíritu por una dulce violencia que no puede resistir hasta la mansion celeste de la gloria.

Una alma éxtasiada en la contemplacion y coloquios con la Divinidad no podrá menos de espresar sus ardientes causas con el lenguaje sobrenatural, armonioso y sentimental de la poesia. Asi es que al despertar Teresa de sus gloriosos transportes, al contemplarse aun en un mundo de dolor y mortificacion, y al recordar los preciosos deleites de la vida del cielo que la ha dado á gustar su místico esposo, enagenado de dolor y pesadumbre su amante corazon esclama con toda la emocion del sentimiento religioso.

Vivo sin vivir en mí
Y tal alta vida espero
Que muero porque no muero.

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero
Que muero porque no muero.

Solo con la cofianza
Vivo de que he de morir
Por que muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte, dó el vivir se alcanza,
No te tardes que te espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor
Y esperando como espero
Que muero porque no muero.

Ah! que larga es esta vida,
Que duros éstos destierros
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero
Que muero porque no muero.

Así habla un angel que habiendo gozado de las inefables dulzuras de la gloria, es condenado á permanecer en el mundo terrenal y llora su destierro.

Las obras de Santa Teresa de Jesus han merecido por tan raras cualidades la admiracion del mundo. En vano un escritor protestante tiñó su pluma en el veneno de la impostura y del sofisma, siete veces trazó los horribles caracteres, pero al contemplar que todas sus calumnias se deshacian por la claridad de los escritos de nuestra autora, cual se disipa el halito lanzado en un espejo, siete veces volvió á borrar lo escrito.

Creemos no deber concluir esta mal trazada esposicion sin manifestar la opinion respetable de nuestro apasionado Fray Luis de Leon que en su exámen sobre las obras de Santa Teresa dice: «En la alteza de las cosas que trata, en la delicadeza y claridad con que las trata, y en la forma del decir y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafectada que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos (los libros) se iguale.» Y mas adelante. «Con cada una de sus palabras pega al alma fuego del cielo que la abrasa y deshace, y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, la deja tan descargada de su peso y tibieza y tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo...»

JOSÉ DE VICENTE Y CARAVANTES.

POESIA.

MEDITACION.

La tarde va á espirar.... Lejano y tibio
El sol ya terminando su carrera
En las tranquilas aguas reberbera
Su postrimera luz.

Y los alegres pájaros meciendo
Entre las ondas sus pintadas plumas,
Hacen saltar las cándidas espumas
Con su leve chapuz.

Y las flores que lánguidas doblaron
El mustio cuello en el calor del día,
Se alzan risueñas á la luz sombría
Del moribundo sol.

La tarde va á espirar.... La luna apenas
Entre la luz y sombras indecisa
En la azulada esfera se divisa
Con dudoso arrebol.

Murmura el viento entre el ramaje espeso
Las amarillas ojas arrastrando,
Y en la faz de las aguas resbalando
Con leve agitacion.

Pardas tinieblas el espacio bienden,
Que oscurecen el cielo por instantes
Cruzan las aves de la noche errantes
En vaga confusion.

Otra vez llegue la noche
Con vaporosa tiniebla,
Que el etéreo espacio puebla
De fantástica vision;

Y otra vez la ave nocturna
Se lamente en la enramada,
O en la sombra cobijada
Tienda el ala de crespon.

Y otra vez mi mano incierta
En la cítara resbale,
Y otra vez tan solo exhale
Triste acento funeral.

Que las horas tras las horas
Con lentitud se suceden,
Y en su amargura no ceden
Los instantes de mi mal.

Mil veces en la noche triste y sola
Junto al callado lago en el estío
Mezclé yo con las gotas de rocío
Mis lágrimas de hiel.
Y huyó la noche, y se escondió la luna,
Y ya la aurora en el Oriente brilla,
Y yo del lago en la tranquila orilla
Inmovil como él.

En vano busqué anhelante
Dó fijar el pensamiento;
Que es mayor mi abatimiento
Cuanto mi anhelo es mayor.

En vano fijé en el cielo
Mis pupilas fatigadas:
Sus estrellas veo apagadas
Y su luna sin color.
Y fatigada la mente
Se abandona en desaliento
A este vago sentimiento
Sin objeto ni razon.

Y vive en el sueño acaso

El mal que do quier suspiro,
Y es fantasma, que deliro,
Y es quimérica ilusion.

Una ilusion!.... pero ilusion amarga,
Que me abisma en un sueño fatigoso,
Y en vano el corazon luchará ansioso
Su imperio á destruir.

El mundo inerte ante mis ojos miro,
Naturaleza entera emudecida,
Que en mi congoja eterna sumergida
Olvidé su existir.

La tarde va á espirar.... ¿Y qué me importa?
¿Qué me importa que el sol su carro agite,
Y trémulo hacia el mar se precipite,

Huyendo á otra region?
¿Qué me importa su luz? ¿Qué sus colores
Cubiertos para mí de negro manto,
Si mi pupila ciega por el llanto

No goza en su ilusion!....

CAROLINA CORONADO.

ADVERTENCIA.

La direccion del *Semanario* tiene ya en su poder, y publicará en la entregas sucesivas los siguientes artículos y grabados, todos inéditos y trabajados expresamente por autores y artistas distinguidos.

La catedral de Burgos.—*La batalla de los llanos de Baena.*—*El museo español en París.*—*D. Enrique de Aragon, marqués de Villena.*—*La ciudad y palacio de Oñate.*—*Jerusalén, en tiempo de las Cruzadas.*—*D. Alonso Perez de Guzman, el Bueno.*—*El Albaicin de Granada.*—*El cardenal de Toledo.*—*Dos novelas de costumbres españolas.*—*El monasterio de Yuste.*—*D. Alonso Ercilla.*—*La catedral de Tenerife.*—*El circo máximo de Toledo.*—*Dos artículos de Escenas Matritenses.*—*Minas de carbon de tierra.*—*El padre José Francisco de Isla.*—*El puente y plaza de Salamanca.*—*Los jardines reservados del Retiro.*—*La lonja de Palma.*—*La iglesia de Mejerada.*—*Los catalanes.*—*Una visita á Westminster.*—*D. Pedro Calderon de la Barca.*—*Los gallegos trashumantes.*—*La fábrica de armas blancas en Toledo.*—*Varias composiciones poéticas.*—Y otros muchos artículos de España pintoresca, Biografía é historia nacional, trages, usos y costumbres, crítica literaria, ciencias, artes, economía é industria.